

TE VI.

Y me recordaste a Alondra, aquella pequeñita, la de Víctor Hugo. Un estremecimiento recorrió mi dorsal. Realmente, no sabía si ayudarte con la cuba, o dejarte ir. Desde luego, no tengo ni la fuerza ni la valía de Jean.

Arrancado por un impulso ¿De rabia? ¿De impotencia? ¿De megalómana pretensión heroica?, arrebaté con cuidado de tus manos el pesado balde que te disponías a cargar sobre tu hombro derecho.

Me miraste con desconfianza, con miedo quizá. Enseguida me arrepentí: seré bruto. No estamos en la Francia Napoleónica; estamos en el México de la narco violencia, de la violación de los derechos humanos, de la impunidad rampante. ¿De dónde saqué madera de héroe?

¿Cuántos pederastas te han...? No, no puedo terminar la frase en mi mente. Te miro a los ojos: veo una tristeza infinita, como si te hubieras tragado todo el dolor del universo en una cucharada de jarabe. No me aguanto y blasfemo: ¿No era pues un tal Cristo el que se había atormentado por toda la humanidad?

Lentamente empiezas a caminar, alejándote de la toma de agua de la clínica del Seguro Social en este villorrio alejado de todo, menos de una carretera entre Tampico y Ciudad Victoria. Creo entender y te sigo, paso a paso, caminando con cuidado, como para evitar sobresaltarte.

Te detienes en un portón de una casa con muchos años de abandono, y tocas, supongo que con algún rítmico mensaje. Se abra la puerta y traspasas. Te sigo, con miedo pero sin saber cómo retirarme de la encrucijada que yo mismo busqué.

La puerta se cierra de golpe. Alguien me da un fuerte golpe con algo duro, mientras caigo sofocado escucho una voz que más parece un aullido, un rugido osco:

- ¿Quién eres? ¿Un periodista?...

Un imbécil que no sabe lo que hace, respondo para mis adentros.

- No, no soy periodista.
- ¿Entonces?
- Solo... solo iba pasando cuando vi al muchacho y... no sé. Quise ayudarlo.
- ¿Serás pariente jijo de...?
- No señor, lo juro, nunca antes lo había visto.

Interviene otra voz:

- ¿Qué hacemos? ¿Lo matamos?
- No, espera a que llegue el "k-1"

A empujones, me encierran en un cuarto oscuro. No sé cuantos días llevo aquí. Lo que sí sé, es que ya soy un número más en las estadísticas: uno de tantos cientos de desaparecidos. ¿Cuándo me van a matar? ¿Irán a descuartizarme y embolsarme para después dejar mi cadáver regado por ahí? ¿Y el niño?

Por una fisura, escucho una voz infantil:

- Señor, señor: ¿Por qué me ayudó con el agua?
- No sé. Se me ocurrió. Fue como un impulso del momento.
- Ah.
- Y tú, ¿Qué haces aquí?
- No sé.
- ¿Y tus papás?
- Los mataron los señores que me tienen aquí. Que para que el pueblo entendiera que no se andaban por las ramas.
- ¿Y tú?
- Yo me encargo de traerles agua cada que me piden, o lo que me manden.

De cuando en cuando, escucho balazos, gritos ahogados. De algo estoy seguro: nadie me va a recatar. ¿Y el niño? Hace tiempo que no sé nada del niño. No aguanto más. Le pregunto al sujeto que una vez al día me arroja por la puerta algunas sobras de comida y un tazón con agua.

- Ya salió patrón: ya preguntó el callado del cuarto del fondo.

No alcanzo a escuchar la respuesta. De repente, se abre la puerta y arrojan varios objetos ensangrentados. Son los pedazos del cuerpo del niño.

Este es mi País.